

LA RISA,

ENCICLOPEDIA DE ESTRAVAGANCIAS.

MELONES Y MUGERES.

I.

—¿Quiere vd. que yo se lo escoja? me dijo don Basilio en el mercado de Murcia, viéndome atagado y lleno de incertidumbre, á la manera de un hambriento colocado con todo su arrollador apetito entre las dos sopas de una mesa opípara, delante de una compañía de melones que acababa de hacer allí *en su lugar descanso*. Se vá vd. á chupar los dedos.—¿Con qué vd. lo entiende? le dije yo, sin figurarme que esta pregunta debía herir su amor propio, como heriría el de Hartzzenbusch cualquiera que preguntase á este distinguido literato si entiende de dramas.—¿Si lo entiendo, ha dicho vd? ¿es original la pregunta! ¡me pregunta vd. si yo lo entiendo! ¡ahí es un grano de anís! Mi padre y mi madre son de Guardamar, mi abuelo y mi abuela eran de Guardamar tambien, y lo mismo mi bisabuelo y mi bisabuela paternos y maternos, y los que á ellos les engendraron y parieron, y los que engendraron y parieron á los que engendraron y parieron á ellos, y yo nací en Guardamar, y en Guardamar me bautizaron y me crié en Guardamar, de suerte que el conocimiento de los melones se puede decir hereditario en mi familia. ¡Y me pregunta vd. si yo lo entiendo!—No me habia tomado la molestia, le dije yo, de encaramarme por su árbol geneológico de vd. y tal vez haya dicho un disparate.—Si señor, lo ha dicho vd. muy garrafal. ¡Toma! ¡si entiendo de melones! (Estas últimas palabras las pronunció con un tono que revelaba perfectamente la compasion á que le movia mi ignorancia.) Vamos á ver, añadió. ¿Cuántos quiere V. llevarse?—Hombre, uno...

—¡Uno! ¡qué miseria! dos al menos se ha de llevar vd. ¿Pues? si aunque se lleve vd. dos docenas no le ha de dejar vd. probar á su muger lo que se dice una pepita. ¡Si hasta la corteza se va á comer vd! Y empezó á palpar un melon tras otro hasta haberles palpado todos. Se me figuraba un visurador de quintos ó un frenólogo examinando cabezas de varones ilustres.—¡Acabáramos! dije yo al recibir de sus manos un par de melones selectos.—¡Qué almibar se lleva vd!—¡Qué almibar me llevé yo! En efecto, llegué á mi casa; probé los melones, que creí eran la obra maestra de las meloneras de Guardamar, y se los di enteritos á mi muger; mi muger los probó y se los dió enteritos á la criada; la criada los probó y se los dió enteritos al cochino, y el cochino, mas inteligente en la materia que mi criada, que mi muger, que yo y que el mismo don Basilio, ni siquiera los probó, no hizo mas que olfatearlos.

Al dia siguiente, don Basilio me hizo muy de mañana una visita, con el solo objeto de recibir los elogios que su feliz eleccion debia haberle grangeado. ¿Qué tal le han parecido á vd. los melones? me dijo.—¡Oh! ¡escelentes! le respondí, y él no comprendiendo la ironía,—¿pues? ¿no se lo dije á vd? prosiguió, ¿meloncitos á mi? Mi padre y mi madre son de Guardamar... (Interrumpe con viveza; temiendo que me obligase á hacer de nuevo un viaje geneológico.)—Pues señor, los melones eran detestables.—¡Detestables! ¿qué está vd. diciendo? no... ¡vd. se chancea!—No señor, hablo con toda formalidad.—No puede ser, le digo á vd. que no puede ser.—Le digo á vd. que eran un par de solemes calabazas, y en el corral les encontrará vd. faltando de ellos menos de lo que á nosotros nos queda de Constitución. Como fundaba toda su vanidad en su craneología melónica ó digamos en su melonología, qui-

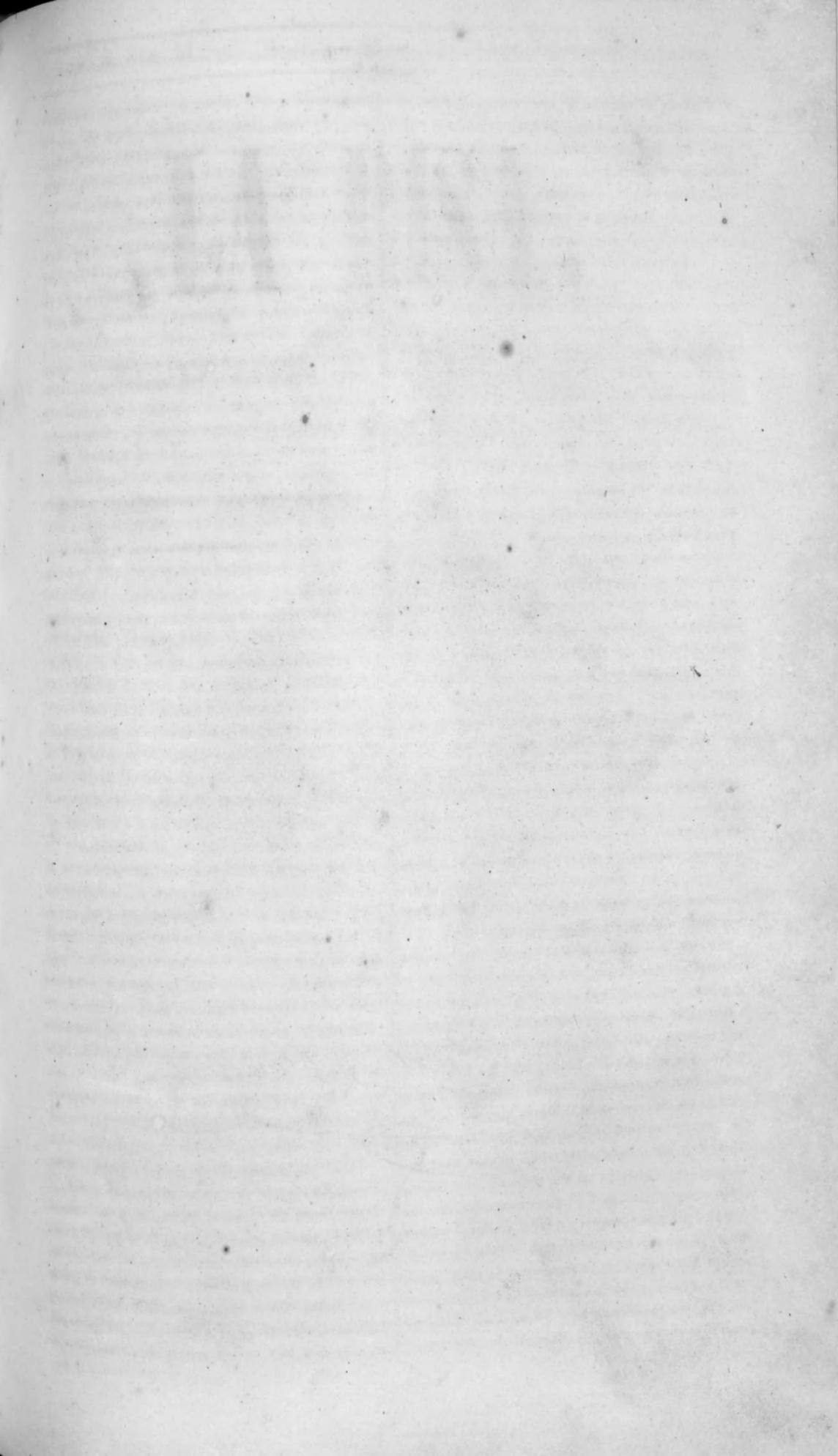
so atribuir á malicia su ignorancia, aunque de-
biese indisponerse conmigo muy seriamente.—Con
qué, me dijo, eran malos... ¿eh? Demasiado lo
sabía yo; quise divertirme y darle á vd. un chas-
co... (Esta mentira reclamaba otra).—Pues señor,
le dije, el chasco se lo llevó vd.; los melones eran
escelentes.—¿Toma! lo que dije antes; como que
yo los escogí...—Pues señor, repliqué, sepa vd.
que eran muy malos.—¿En qué quedamos? rep-
licó él casi mareado; ¿eran malos ó eran buenos?
—¿En qué quedamos? repuse yo, quiso vd. es-
cojerlos buenos ó malos?—¿Buenos?—Pues en-
tonces eran malos.—¿Malos?—Pues entonces eran
buenos.—Así, dijo amostazado, nunca sacarémos
en limpio lo que han sido.—Así, le contesté yo,
nunca sacarémos en limpio lo que vd. ha querido
que fuesen. « Era zosa de no acabar, y don Ba-
silio se fue. Nos habíamos constituido en la mis-
ma oposicion sistemática que Príncipe y Villergas,
que Zorrilla y Ayguale.

Lo mismo y aun mas que de los melones pue-
de decirse de las mugeres. Un calavera hace co-
cos á una pisaverde de ojos negros é insinuantes
que devoran á cuantos pasan por la calle con som-
brero. Cansado ya de hacer calaveradas, el ca-
lavera echa el resto y se despide de ellas con la
mayor que puede hacerse. Se casa á salga lo que
saliera con la de los ojos negros, sin examinar nin-
gun antecedente, ni derivar ninguna consecuencia.
Tenia otras diez muchachas á su disposicion
pero toma aquella á bulto, como yo hago con los
melones si no encuentro á don Basilio, y todas
las gentes de tertulia le auguran un porvenir de-
sastroso. Se engañan de medio á medio. El tronera
sin pensarlo ha unido su suerte á la de un ángel,
que tiene un corazon bellissimo y que solo piensa
en labrar la felicidad de su esposa.

Al contrario, un filósofo, uno de esos hombres
sistemáticos que andan, como suele decirse, con pies
de plomo hasta por el piso de su alcoba, que suben
y bajan las escaleras sentando las dos plantas en
cada escalon y sin soltar jamás la barandilla, que
se acuestan siempre á la misma hora y siempre á la
misma hora se levantan, que no beben ni comen
sin haberse dado antes de todo esto la razon de cien-
cia, y que examinan un tratado de higiene antes de
quitarse y ponerse la levita; uno de esos hombres
relages, que todo lo hacen con puntualidad y tiento,
meditacion y parsimonia; desconfía de todas las
mugeres de las ciudades, y se va á Sierra-Morena
dónde, segun sus cálculos de toda la vida, ha de en-
contrar á la elegida de su corazon, á la casta palom-
ba, á la doncella que le conviene. La ruborosa vir-
gen que nunca habia visto un filósofo, toma el
traje por la persona, y al divisar á nuestro héroe,

huye de él á cien pasos de distancia, sin duda
porque vestido como está, le considera un animal
de distinta especie que la humana ó cuando menos
de distinta raza que los habitantes de Sierra-Mo-
rena. Tambien puede ser que siga en esto la cus-
tumbre de todas las demas mugeres, que tienen
miedo á los hombres.... desde lejos. Esta fuga,
esta incontestable prueba de modestia y castidad
ha hecho concebir al filósofo las esperanzas mas
lisonjeras y se presenta muy cercano el suspira-
do término de sus escursiones matrimoniales. La
purísima niña se fortifica en un casucho, donde
entra, sin necesidad de bombardear, el denodado
pretendiente despues de una gloriosa resistencia,
que le oponen dos anárquicos mastines simultanea-
mente pronunciados como un solo hombre, quie-
nes capitulan, ó por mejor decir, suspenden sus
hostilidades, luego que se presenta el gefe de la
plaza en ademán de recibir un parlamento. Sa-
bido es que los parlamentos son siempre respec-
tados. El gefe de la plaza es una cosa algo parecida
á un hombre de mediana edad, con una barba-
ria, impermeable al jabon y que podria serrarse ó
al menos afeitarse con una podadera; sus faccio-
nes tienen algo de comun con las de los mastines
pronunciados, de suerte que solo al verlas parece
que se les oye ladrar; y quizás no seria fácil res-
olver si aquel hombre es un mastin perfeccionado ó
si son aquellos mastines unos hombres degenera-
dos. El gefe en persona introduce el parlamento,
este saluda con cortesia al llegar á la fortaleza á
un segundo personaje que viene á ser el segundo
cabo de la plaza, y cuyo sexo no determinaria fa-
cilmente nuestro filósofo á no habérsele dicho de
antemano que aquella cosa vieja era la muger del
gefe. Con todo, necesidad tuvo el recién llegado de
un particular estudio para no confundir los ar-
tículos gramaticales. Dió una mirada alrededor y no
vió á su futura; no vió mas que un par de rucas
arimadas á la pared como los fusiles al armero de
un cuerpo de guardia, medianamente provistas de
cáñamo, y no parecia sino que la vieja habia colga-
do de ellas dos ejemplares de su peluca. A pri-
mero vista la vieja y las dos rucas se miraban co-
mo cantidades homogéneas y daban tres rucas por
total.

El filósofo despues de un corto preambulo entró
en materia, reveló sus castas pretensiones y pudo
vanagloriarse muy pronto de los mágicos efectos
de su elocuencia, pues vió, á medida que iba de-
sentrañando la cuestion, dulcificarse las lisonomias
salvages de sus oyentes, que le escuchaban con la
boca abierta. Hasta los mastines al parecer habian
perdido su natural feroz, y besándole las manos
acariciándole con la cola manifestaron arrepentimien-





Antonio Ribot y Fontseré

Sociedad Literaria.

1844.

La Risa.

se de su conducta hostil anterior. Aquellos halagados caninos en idioma humano solo podrian traducirse con un acto de contricion. Las palabras del alado Olózaga, ó sea del ángel embajador, que reveló á los pastores la venida del Mesias, no tuvieron mejor acogida que las de mi filósofo. La vieja sobre todo estaba loca de alegría y llamó á su hija que permanecía acurrucada, escuchándolo todo, tras una cuna en que, segun apariencia, debia en ella haberse moecido Abel, y la obligó á abandonar la última barricaada en que la habia parapetado la cordedad de su genio. Prescindamos de las cualidades físicas de la niña y pasemos por alto los sentimientos de vergüenza que paralizaron hasta la accion de sus pulmones al verse arrastrada delante del filósofo. Basta saber que el filósofo y la niña se casaron, que dieron su último adiós á Sierra-Morena, que él por espacio de dos meses obligó á su cara mitad á tomar diariamente un baño de limpieza, y que cuando la immaculada virgen se hubo desprendido de las infinitas capas de mugre que ponian su cuerpo en incomunicacion hasta con la atmósfera, que ni la hubieran dejado sentir la picadura de una abispa, que duplicaban su peso y su volúmen de modo que parecia que aquella muger, hasta entonces, habia crecido como los minerales por *justa-posicion*; cuando aquella tortuga quedó despojada de su concha, cuando ya no se podia arar en aquella cara en que poco tiempo antes se hubiera podido sembrar maiz, en una palabra, cuando dos meses de baños generales habian provocado una solucion de contigüidad entre el rútis de la recién casada y la armadura fosil que la cubria enteramente, se levantó entre los dos esposos una causa de fulminante divorcio. ¡Oh decepcion cruel! Nuestro filósofo sorprendió *in fraganti* á la exvirgen de Sierra-Morena embebida en amorosas pláticas con su propio criado, apesar de las sábias precauciones que tomó de antemano para no añadir un nuevo guarismo al número de los *predestinados*. ¡Su propio criado! ¡quién lo habia de decir! Era mas feo que una pulga mirada con un microscopio solar, y habia sido donado de un convento... ¡Desengaño tardío! Hasta entonces no conoció el filósofo que cuando todas las precauciones son pocas, lo mejor es no tomar ninguna.

Estos hechos positivos que acabo de sujetar á la meditacion del público, son el tipo de otros muchos análogos de que todos los casados y aficionados á melones, que mas presumen de entendidos, se habran dado cuenta mas de una vez. ¡Qué petardos se lleva uno con los melones y con las mugeres! Con respecto á los primeros he individualizado un suceso en el cual yo mismo figuré como victima; otro tanto haré tambien con

respecto á las mugeres, pero no será en este número, porque me he estendido demasiado y perjudicaria mucho al Sr. Ayguals invadiendo con mis sandeces un terreno en que siembran sus gracias los Bretones, los Villerigas y otros célebres literatos.

A. RIBOT Y FONTSERÉ.

LA POETISA EN UN PUEBLO.

¡ Ya viene....! ¡ Mirala! — ¿ Quién ?

— Esa que saca las coplas.

— ¡ Jesus, qué muger tan rara!

— Tiene los ojos de loca.

— Diga vd., D. Marcelino,

será verdad que ella sola hace versos sin maestro?

— ¡ Qué locura! no señora;

anoche nos convencimos de que es mentira, en la boda.

Si tiene esa habilidad

¿ por qué no le hizo á la novia, siendo tan amiga suya, décimas ó alguna cosa?

Una décima, es preciso, dije, el novio está empeñado.

— Ustedes se han engañado, me respondió, no improviso.

— Siendo la novia su amiga, vamos no ha de hacerla usted!

— ¡ Pero por Dios, si no sé!

¿ No basta que yo lo diga? —

La volvimos á rogar,

se levantó hecha una pólvora y en fin de que vió el empeño se fué huyendo de la boda.

Esos versos los compone

otra cualquiera persona,

y ella luego por lucirse

sin duda se los apropia.

— Por que digan que es romántica.

— ¡ Qué muger tan mentirosa!

— Dicen que siempre está echando relaciones ella sola.

— Se enseñará á comedianta,

— ¡ Ya se ha sentado... la mona!

Mas valia que aprendiera

á barrer, que á decir coplas!

— Vamos á echarla de aquí?

— ¿ Cómo? — Riendonos todas.

Dile á Paula que se ria.

— Y tú á Isabel. — Y tú á Antonia.

Ja... ja... ja... ja... ja... ja... ja...

— ¡Mas fuerte que no lo nota!

Ja... ja... ja... ja... ja... ja... ja...

Ya mira, ya se incomoda,

— Ya se levanta y se vá!

— Vaya con Dios la gran loca!

CAROLINA CORONADO.

EL POETA EN MADRID.

Apreciable Carolina:

ten compasion y perdona

si el adjetivo te enfada,

si mi franqueza te enoja.

Esto de llamar de tú

al mismo Dios en persona,

es privilegio que tienen

los versos sobre la prosa,

Y el *apreciable* es vianda

que prodigar se me antoja

si hablo con ellos á pocos,

si hablo con ellas á todas.

Tanto me agradan tus versos

aunque tú les lames coplas,

que te contesto plagiando

hasta el asonante en *oa*.

Esto no quita el que luego

como falto de memoria

y sin tener á Rengijo

que en la escasez me socorra;

Rima y medida variando

mi lira sus trabas rompa

en intolerables décimas

ó en seguidillas ramplonas.

Te quejas, triste, te quejas

de si hablas, pasar por loca,

y por tonta sino chistas,

dichosa de tí, dichosa!

Con un buen canto en los dientes

diérame yo cada hora

por vivir oscurecido

en la mas desierta choza.

No hay enfermedad, no hay trance,

no hay suplicio, no hay congoja

como el vivir en la córte

de la nacion española.

Aquí Carolina van

al reves todas las cosas,

los enemigos convienen

y los amigos estorban.

Si alguna vez por tu mal

á ver á Madrid te arrojas

en cuanto tengas amigos
te marcharás viento en popa.

«Quien te conozca te compre»
dice el refran, y esto es broma;
primero te ha de vender
quien primero te conozca.

Si publicas algun libro
tú verás, si es que lo ignoras,
que el que es amigo le pide
y el enemigo le compra.

Aunque sepan que no cubres
los gastos que te ocasionas,
cual una deuda te exigen
ejemplares de tus obras.

En no dar mil ejemplares
te dirán que eres roñosa,
y no lo es el que no suelta
un real ó dos de la bolsa.

Regalas para acallar
las lenguas murmuradoras,
y te dirán que es *primada*,
y te tratarán de tonta.

Y asi procura enemigos
si quieres gastar carroza,
que los amigos acá
ni dejan dinero ni honra.

Yo Carolina estoy frito,
vivo en constante zozobra,
victima de la amistad
de mas de cuatro personas.

El uno que es periodista
siempre tras de mí: ¡qué mosca!

— Hombre, dame un folletin.

— Si no puedo ¡es mucha droga!

— Una silva al ministerio,
un romance, cualquier cosa:
eso lo enjaretas tú
como quien bebe una copa. —

Crean que de prosa y de versos
es un manantial mi cholla
que aunque corra á veinte caños
ni se cansa ni se agota.

Y cada cual su negocio
pretende hacer á mi costa,
sin recordar una vez
que tengo estómago y boca.

¿Me acosa un dolor de muelas
ó está con la uncion mi novia?
De seguro viene el músico
por una cancion jocosa.

O al revés, ¿estoy de albricias?
¿quiero dar cuatro cabriolas?
me encargan un epitáfio
para una fúnebre losa.

Otro que tiene un chiquill

me pide con mucha sorna
que haga para los exámenes
á la virtud una oda.

Algun rendido cupido
quiere una carta amorosa,
vence á la dama mi númen
y otro sus encantos goza.

Villergas que hace el billete
para nada se le nombra,
y el otro, triste copiante
se firma: Felipe-Lotas.

Don Fulano vá á un banquete
y me encomienda una glosa
que encomian los caballeros
y celebran las hermosas.

Y despues un convidado
viene á decir que me esconda
pues tengo un competidor
que ha oscurecido mis glorias.

¿Y qué diré de los pelmas
que sin cesar me sofocan
para que lea y corrija
desde el principio á la cola?

— ¡Señor que no tengo tiempo!
— Cá, si la comedia es corta:
no tiene mas que cinco actos
el que menos de cien hojas...

Te aseguro, Carolina,
que esta vida me encocora
y estoy vivir anhelando
en la aldea mas remota.

Con que, si quieres cambiar,
Carolina, desde ahora,
toma tú la diligencia,
que yo cojeré la posta.

JUAN MARTINEZ VILLERGAS.

EFFECTOS DE LOS RETRATOS

Escritores de la RISA,
pensé ver vuestros retratos
con la alegría en los ojos,
con la sonrisa en los labios.

Y por mi fé os aseguro
y os juro por lo mas santo,
que de vuestra seriedad
me maravillo y me pasmo.

Que Ayguals en versos sublimes
os llame graves, no extraño;
pero que os trate de feos
on su perdon, no lo paso.

He visto ciertas doncellas,
que aunque doncellas las llamo,
ni con el dicho lo afirmo
ni con dudar las agravio.

En todas vuestras facciones
largo tiempo repararon
y hasta en peinar los cabellos
hallaron gracia y encanto.

Una elegía á Zorrilla
por rostro de enamorado:
bien puede ser que la zorra
las atrapára callando.

El descaro de Villergas
con los pelos encrespados
¡habla al alma! dicen otras,
y le rinden sus sufragios.

De la robustez de Ayguals
unánimes se prendaron
viéndole de medio arriba...

¿qué fuera de medio abajo?

El apellido Lafuente
en fray Gerundio ha trocado.
¿Quién fuera monja esclamaban
dónde este sea vicario?

¿Por qué de vuestra figura
estais murmurando tanto?
¿De qué la hermosura sirve
corporal en el Parnaso?

Cervantes fué cejijunto
y cojo Torcuato Tasso,
hinchado pintan á Tirso
y á Calderon muy chupado.

Quevedo corto de vista
con las narices de á palmo,
y por escepcion de regla,
fué buen mozo Garcilaso.

Tambien tuvo gran nariz
Eneas, y acribillado
le dejó un fisico griego
por andar en malos pasos.

Y estos y sin ser mas lindos
Virgilio, Homero y Horacio
del bello sexo obtuvieron
singulares agasajos.

Mejor suerte os ha cabido
en no ser cojos ni chatos,
ya que contra el mal humor
sois tan esquisito bálamo.

El hombre que de lindezas
esternas solo es dotado,
de un lindo rocín es copia,
no me ocurre mas... y callo.

CRISTOBAL DE LA OYUELA BUSTAMANTE.

Mi abuelita.

84



A

Yo no sé por qué razón
ó que costumbre tan rara,
una abuela que yo tuve,
que era una abuela muy santa,

Gruñendo y refunfuñando
sacando su enorme caja
á cada instante decía:
buena va, Isabel, la danza.

Mas es el caso, lectores,
que sin saber yo la causa,
repito mas de una vez
eso del baile ó la danza.

Por ejemplo voy al Prado
y entre lindísimas damas,
jóvenes, agraciaditas,
que al hombre de quicio sacan;

Veo una vieja coqueta
con gran tren, con mucha gala,
con enormes perifollos,
casi del todo escotada;

Rodeada de galanes,
altiva, orgullosa, ufana,
y esclamo sin contenerme:
Isabel, va bien la danza.

Voy á un baile, no de lujo,
tertulia de confianza,
de esas de velas de sebo
porque las pagas van malas;

En que no reina etiqueta
que es para mí yerba amarga,
en que me río, estornudo,
y estiro ó saco la pata;

Y al jugar juegos de prendas,

y ver que nadie repara,
y al mirar los mozalvetes
cuan entretenidos charlan

Con la niña de su lado,
que no es un saco de paja,
esclamo allá en mis adentros:
Isabel, va bien la danza.

Me voy á misa, (es muy justo
porque la iglesia lo manda)
y al llegar allá á la puerta
la encuentro toda ocupada

Por melencosos donceles
de buen frac, camisa blanca,
con sus guantes amarillos,
buen pantalon, gran corbat

Muy atentos, muy galanes,
obsequiosos con las damas,
dando el agua á las mamás
lanzando tiernas miradas

Hacia el esbelto pimpollo
que á un lado las acompaña,
y entonces no puedo menos
de decir: *va bien la danza.*

¿Pues y al mirar á mi izquierda,
si está la misa empezada,
á *D. Pancracio Garduña*
que conociera al rey Wamba,

Muy *cuco* con su peluca
que es rubia si no me engañan
mis ojos cuatro, que dos
solo los peleles gastan,

Y le veo muy atento
mirar una hermosa dama
gallarda cual la palmera
de donde nacen las palmas,

En vez de rogar á Dios
por su vida y por su alma?
entonces si que corriendo
esclamo: *va bien la danza.*

Y si me voy al congreso
en quien la nacion hispana
cifra toda su ventura
y sus gratas esperanzas?

Al mirar los diputados
cuan entretenidos charlan
entre sí sin hacer caso
del que lleva la palabra.

Al reparar cual aprueban
porque *Z* lo aprobara;
al mirar que se desecha
porque *C* no se levanta,

Vuelvo á mi tema corriendo,
á mi frase acostumbrada
y esclamo sin meditarlo:
Isabel, va bien la danza.

Y si voy á algun colejo
ó á lo que por burla llaman
la universidad centra',
primera de las Españas,

Y miro ciertos doctores
explicar con mucha calma
cosas que nunca entendieron
por ser muy duras sus calvas?

¿Y si leo la *Gaceta*
y miro en su primer plana
hecho de pronto intendente
un hombre que nada alcanza,

O miro ya general
un otro, que por su *charla*
tan solo se ha distinguido,
y que jamás hizo nada?

Aburrido en sumo grado,
¿y á quién no aburre tal farsa?
tiro indignado el papel
y reniego de la danza.

Y no quiero continuar,
porque si yo continuára,
todos á coro digeran

ISABEL YA BIEN LA DANZA.

CARLOS MASSA.

GLOSA.

*Estaba Napoleon
con S. José de bracero,
y se le cayó el braguero
porque se rompió un boton.*

En la toma de Granada
un principe aragonés
dió tan soberbio revés
con el filo de su espada,
que la morisca asombrada
huyó toda en dispersion.
En esto anunció Sanson
con el semblante alterado,
que en la taberna de al lado
estaba Napoleon.

Cuando D. Pedro el Cruel
á la vista de Tolon
juró la constitucion
con el gran Roberto Pél,
le apellidaron infiel,
traidor y mal caballero,

mas él cojió su sombrero
y como buen español
tomó por la ronda el sol
con S. José de bracero.

Le nombraron intendente
á Robespier, de Madrid,
por quedar cesante el Cid
que lo fué interinamente;
pero, amigo, de repente
le salió en el pié un uñero:
que venga, dijo, un barbero,
pero viendo que tardaba
se fué á ver si le encontraba
y se le cayó el braguero.

Salieron á pasear
Ciceron y Calomarde
hablando toda la tarde
por las orillas del mar.
Era el caso averiguar
de qué murió S. Simón,
si de parto ó sarampion,
y al cabo dieron por cierto
que este santo habia muerto
porque se rompió un boton.

RAMON GARCIA LUNA.

EPIGRAMAS.

Encargó una tempestad
cierto banquero á un pintor,
y dijo el rico señor
con mucha formalidad:
Mil duros daré lo menos
si está pintada á lo vivo;
pero es que... no la recibo
como no se oigan los truenos.

A la bella Marcelina,
que era sorda como un cesto,
un confesor indijesto
preguntaba la doctrina
y dijo: ¿cuál es el *sesto*?
Ella creyendo escuchar
¿quién es Dios Omnipotente?
respondió sin vacilar:
«la cosa mas escelente
que se puede imaginar.»

JUAN MARTINEZ VILLEGAS.

AMBIGUO

Coscorrónes de caldo.

A la vaca picada muy menudamente se le añade un cuarto de carne de salchichas, algunas patatas cocidas al humo y bien espachurradas, una migaja de pan mojado en leche y yerbas finas: de todo esto se hará una pasta, con la cual se forman albondiguillas, que se envuelven con raspaduras de pan, luego se echan á freír ó se cuecen en una cazuela con manteca, se sacan y se sirven con una salsa picante.

Coscorrónes de paladar de buey.

Se corta el paladar ya cocido en porciones pequeñas, se echan en una salsa blanca á fin de que quede mas consistente, se retiran y se rebozan en miga de pan para echarlas en una mezcla de huevos batidos como para tortilla: se polvorean muy bien con raspaduras de pan, y se las hace freír.

Chuletas á lo paisano.

Después de haberlas perdigado en una cazuela con un trozo de manteca fresca, se cubren al fuego, y se dejan cocer lentamente después de sazonadas regularmente. Ya que esten cocidas, se sacan, se desengrasa la sustancia helada, la cual

se desprende con un poco de caldo, y se pasa en seguida este por el tamiz.

Chuletas tostadas.

Después de haberlas aplauado se las echa en adobo con aceite, sal, un manojo de perejil, una ó dos hojas de laurel, y una cebolla cortada en ruedas. Al cabo de veinte y cuatro horas se ponen en una parrilla á un fuego vivo, y se les da vuelta para retirarlas cuando esten á punto, y servir las con sustancia ó con una salsa picante, echando con ellas pepinillos picados.

Chuletas con vino.

Se ponen al fuego con un vaso de vino de Madera ó de Málaga y otro tanto de caldo, y cuando esten ya en sazon se pasará este líquido por tamiz, y se les echa encima.

Trozo de vaca asado.

Después de echarlo en adobo y mecharlo con tocino, se pone en el asador y se sirve lo mismo que el cuarto trasero, con patatas fritas ó con una salsa picante en una salsa. Es mucho mejor y tiene mayor delicadeza, cuando en vez de mecharla, se pone en una cazuela con tocino para después asarla.

PUBLICACIONES NUEVAS.

ESPARTERO. Historia de su vida militar y política y de los grandes sucesos contemporáneos. Ha salido la primera entrega con varios grabados, uno de ellos representa la casa donde nació Espartero, y la vista de Granátula en litografía. Salen tres entregas al mes al precio de: en *Madrid*, 8 rs. al mes y 20 por trimestre, y en las provincias 10 y 24 rs.

LA CARCAJADA. Enciclopedia de gracias, sales, chistes, donaires y ocurrencias de los mas célebres escritores antiguos con preciosas caricaturas. El primer número contiene una oda á *La pulga* de Gerardo Lobo, un soneto de Quevedo; otro de un anónimo; una silva á *una vieja que dijo tenía dentera de comer limón*; una letrilla de Diego Hurtado de Mendoza y un soneto de Pellicer. Se publican dos entregas al mes á 10 rs. por trimestre tanto en *Madrid* como en las provincias; los que adelantan dos trimestres, obtendrán *gratis* el retrato en litografía de Quevedo que se repartirá mas adelante.

NOTA. Las primeras entregas de estas dos obras estan de manifiesto en todos los puntos de suscripción.

MADRID.—1843.

IMPRESA DE LA SOCIEDAD LITERARIA